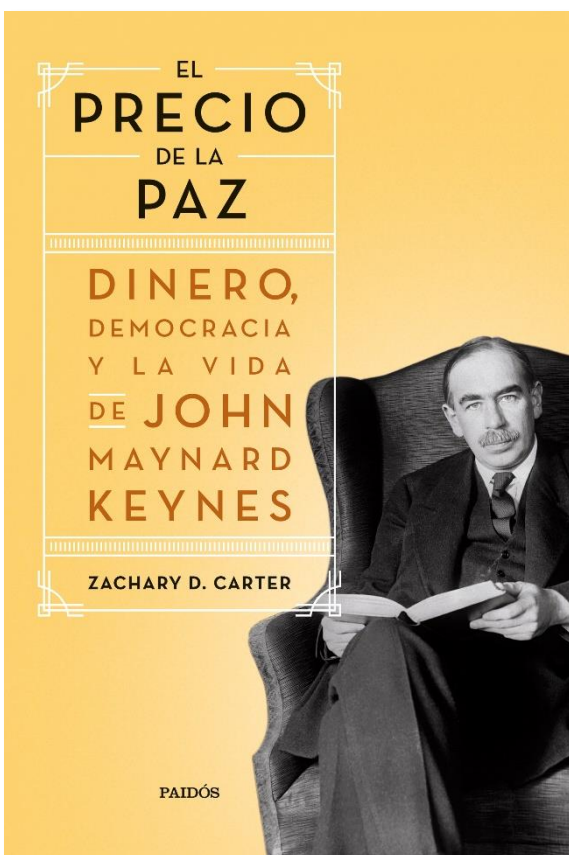


EL PRECIO DE LA PAZ

DINERO, DEMOCRACIA Y LA VIDA DE JOHN MAYNARD KEYNES

ZACHARY D. CARTER



En los albores de la Primera Guerra Mundial, un joven académico llamado **JOHN MAYNARD KEYNES** dejó atrás su plácida vida en la Universidad de Cambridge para tramitar préstamos de emergencia en los ministerios de hacienda europeos y, más adelante, en Estados Unidos, negociar los términos de la lucha económica durante el conflicto.

Keynes, sin embargo, no solo fue economista, sino también uno de los pensadores más relevantes del siglo XX. Como filósofo moral, teórico político y estadista, Keynes tuvo una vida extraordinaria que lo llevó desde las fiestas de principios de siglo en la desenfrenada escena artística del Círculo de Bloomsbury, hasta las fervientes negociaciones en París que dieron forma al Tratado de Versalles, el colapso del mercado en dos continentes y los avances diplomáticos en las montañas de Nuevo Hampshire.

Entretanto, Keynes reinventó el liberalismo de la Ilustración para hacer frente a las desgarradoras crisis del siglo XX. En Estados Unidos, sus ideas dieron lugar al auge de la profesión económica, pero también propiciaron enardecidos enfrentamientos políticos en el marco de la Guerra Fría cuando los acólitos keynesianos se enfrentaron a los conservadores en una batalla intelectual por el futuro del país y del mundo. Aunque muchas ideas keynesianas sobrevivieron a la lucha, gran parte del proyecto al que dedicó su vida terminó perdiéndose.

En esta fascinante biografía, el veterano periodista Zachary D. Carter desentierra el legado perdido de una de las mentes más fascinantes de la historia. *El precio de la paz* restablece un conjunto olvidado de ideas sobre la democracia, el dinero y la buena vida con implicaciones transformadoras para los debates actuales sobre la desigualdad y las políticas de poder que dan forma al orden global.

«Keynes fue una auténtica maraña de paradojas: un burócrata que se casó con una bailarina; un hombre gay cuyo mayor amor fue una mujer; un leal servidor del Imperio británico que clamó contra el imperialismo; un pacifista que contribuyó a financiar dos guerras mundiales; un internacionalista que ensambló la arquitectura intelectual del Estado-nación moderno, y un economista que cuestionó los propios fundamentos de la economía».

ZACHARY D. CARTER

ZACHARY D. CARTER es reportero sénior en *HuffPost*, donde cubre todo lo relacionado con el Congreso estadounidense, la Casa Blanca y la política económica. Suelen invitarlo a los informativos de televisión y radio, y también ha publicado artículos en *The New Republic*, *The Nation* y *The American Prospect*, entre otros medios. Su artículo «Swiped: Banks, Merchants And Why Washington Doesn't Work For You» se incluyó en la antología *The Best Business Writing 2012*, publicada por *Columbia Journalism Review*. Vive en Brooklyn con su esposa, Jia Lynn Yang; su hija, Ming, y su perro, *Pepper*. Este es su primer libro.

SUMARIO

Introducción

1. Tras la fiebre del oro
2. Dinero sangriento
3. París y sus descontentos
4. Consecuencias
5. De la metafísica al dinero
6. Prolegómenos a un nuevo socialismo
7. El gran desplome
8. Fénix
9. El final de la escasez
10. Llegó la revolución
11. Guerra y contrarrevolución
12. Mártir de la buena vida
13. La aristocracia contrataca
14. La sociedad opulenta y sus enemigos
15. El principio del fin
16. El retorno del siglo XIX
17. La segunda Edad Dorada

Conclusión

Agradecimientos

Notas

Bibliografía selecta

Índice onomástico y de materias

«Al igual que muchos otros teóricos del razonamiento ético, Keynes intentaba elaborar una definición autorizada de racionalidad que justificara sus propios hábitos y preferencias. Tras esbozar sus ideas sobre la probabilidad, pasaba a sugerir que es más racional para las personas —y la propia sociedad— aspirar a pequeños bienes con una elevada probabilidad de materializarse que luchar por grandes utopías con unas mínimas probabilidades de hacerse realidad».

EXTRACTOS DEL LIBRO

INTRODUCCIÓN

«Hoy, a Keynes se le recuerda como economista porque fue en el campo de la economía donde sus ideas ejercieron mayor influencia. A los estudiantes universitarios se les enseña que instó a los Gobiernos a aceptar déficits presupuestarios en una recesión y a gastar dinero cuando el sector privado no puede hacerlo. Pero su agenda económica siempre se desplegó al servicio de un proyecto social más amplio y ambicioso. Keynes fue un filósofo de la guerra y la paz, el último de los intelectuales ilustrados que concibió la teoría política, la economía y la ética como partes de un diseño unificado. Era un hombre cuyo principal proyecto no residía en la fiscalidad o el gasto público, sino en la supervivencia de lo que él denominaba “la civilización”, el medio cultural internacional que conectaba a un funcionario del Tesoro británico con una bailarina rusa. Una década después de Génova, cuando un periodista le preguntó si el mundo había vivido alguna vez algo parecido a la Gran Depresión, entonces en pleno auge, Keynes respondió con absoluta sinceridad: “Sí. Se llamó Edad Oscura [Alta Edad Media] y duró cuatrocientos años”.

Keynes presenció por primera vez la invasión de la oscuridad cuando estalló la guerra de 1914. Dio a sus oponentes diferentes nombres: “militaristas” e “imperialistas” en los años anteriores a la Segunda Guerra Mundial; “poderes malhechores” e, incluso, “enemigos de la raza humana” en los años siguientes. Cualquier idea o táctica resultaba legítima siempre que protegiera a su comunidad de artes, letras y buen vivir de la marcha del autoritarismo. En diferentes etapas de su carrera suscribió toda clase de ideas como posibles remedios, desde el libre cambio hasta la aplicación de estrictos aranceles. Su obra más conocida, la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*, no era solo un intento de proporcionar una justificación teórica a los proyectos de obras públicas, sino un ataque frontal en su cruzada contra el militarismo; un libro que él esperaba que se utilizara como una especie de caja de herramientas para la formulación de políticas antiimperialistas. “Si las naciones pueden aprender a dotarse de pleno empleo mediante su política interior —escribió en la conclusión del libro—, no será necesario que haya fuerzas económicas importantes destinadas a esgrimir los intereses de un país contra los de sus vecinos”.

Para sus alumnos de la Universidad de Cambridge en la década de 1930 —muchos de los cuales pasarían a implementar sus ideas en todo el mundo—, el libro contenía toda una filosofía de la vida. En palabras de uno de aquellos alumnos, David Bensusan-Butt: “Para nosotros la *Teoría general* no era tanto una obra de teoría económica como un manifiesto en favor de la razón y la alegría; la encarnación literaria de un hombre que, para quienes llegaron a conocerle, sigue siendo el genio mismo del intelecto y el disfrute. Brindaba una base racional y una apelación moral a la fe en la posible salud y cordura de la humanidad contemporánea”.

No era esta una creencia fácil de sustentar en la década de 1930, en pleno auge del fascismo. Tampoco es fácil suscribirla en nuestro propio tiempo, cuando los nuevos bastiones del extremismo autoritario consolidan su poder en Europa, Estados Unidos, Latinoamérica, Oriente Próximo y Asia. Pero se trata de una fe esencial para cualquiera que desee abordar los problemas del mundo mediante la persuasión y la palabra escrita, y una convicción fundamental para la práctica de la propia democracia. Hoy, a comienzos del siglo XXI, cuando las instituciones democráticas vuelven a ser objeto de ataque, no hay ningún intelectual del siglo XX cuyo pensamiento —con sus triunfos, sus fracasos y sus debilidades— resulte más relevante que el de John Maynard Keynes.

Keynes fue una auténtica maraña de paradojas: un burócrata que se casó con una bailarina; un hombre gay cuyo mayor amor fue una mujer; un leal servidor del Imperio británico que clamó contra el imperialismo; un pacifista que contribuyó a financiar dos guerras mundiales; un internacionalista que ensambló la arquitectura intelectual del Estado-nación moderno, y un economista que cuestionó los propios fundamentos de la economía. Pero incardinada en todas esas aparentes contradicciones subyace una visión coherente de la libertad humana y la salvación política. Keynes murió antes de poder sistematizar todas esas ideas en una declaración filosófica singular y definitiva; incluso las altas cotas de ambición expuestas en la *Teoría general* no eran más que una pieza del gran proyecto keynesiano. Este libro constituye un intento de ensamblar dicho proyecto a partir de los ensayos, opúsculos, cartas y libros que dejó para la posteridad, y de revelar sus implicaciones todavía transformadoras para nuestro propio tiempo.

Constituye asimismo un intento de cartografiar la historia de lo que pasaría a conocerse como keynesianismo cuando atravesó el Atlántico y se transformó en una cultura política netamente estadounidense. Tampoco aquí escasea la ironía. A Keynes nunca le gustó Estados Unidos —el clima siempre era demasiado caluroso y no había bastantes pájaros en el campo— ni los estadounidenses, que eran a la vez demasiado impetuosos y demasiado sensibles. Sin embargo, sin el apoyo político que obtuvieron sus ideas en Estados Unidos, Keynes y su obra no habrían pasado de ser una curiosidad menor para intelectuales profesionales.

A diferencia de su matrimonio con Lidia —con quien a la larga acabaría casándose—, la unión entre Keynes y Estados Unidos siempre fue difícil e infeliz. Los líderes de la hegemonía naciente tenían poco interés en las dimensiones antiimperialistas del pensamiento keynesiano cuando adaptaron la *Teoría general* a la tarea de erigir un nuevo orden global en torno al poder de Estados Unidos. A los influyentes economistas estadounidenses, más que a sus homólogos del otro lado del charco, les preocupaba sobre todo que su trabajo se considerara políticamente neutral, una ciencia matemática especializada y extremadamente alejada de las cavilaciones especulativas de los filósofos ilustrados que tanto veneró Keynes. Pero, aunque ellos quisieran actuar de acuerdo con tales ideas, sus sucesores, más dados a inclinaciones filosóficas —en especial John Kenneth Galbraith—, verían su trabajo constreñido por los horizontes políticos del imperio estadounidense, por más que a la vez pretendieran desplegar el pensamiento keynesiano como una herramienta contra el imperio mismo.

Así pues, la historia del keynesianismo es una historia intelectual del poder estadounidense, tanto de sus promesas como de sus abusos. El keynesianismo adquirió una vida propia que el propio Keynes apenas podría haber predicho. Es una historia en la que las batallas por los libros de texto en los campus universitarios desempeñan un papel tan destacado como los despliegues militares, los resultados electorales y los desplomes del mercado de valores; una historia de números y ecuaciones, pero también de bailarinas y exuberancia vital.

En la primavera de 1934, Virginia Woolf esbozó una cariñosa “fantasía biográfica” de tres páginas sobre su gran amigo, en la que intentaba abarcar nada menos que un abanico de veinticinco temas, que detalló en su introducción: “Política, arte, baile, cartas, economía, juventud, el futuro, glándulas, genealogías, Atlántida, mortalidad, religión, Cambridge, Eton, el drama, la sociedad, la verdad, los cerdos, Sussex, la historia de Inglaterra, Estados Unidos, el optimismo, el tartamudeo, los libros viejos, Hume”. Como la vida a la que imitaba Woolf, su narración partía de una granja de Sussex Oriental para viajar luego al King’s College de Cambridge, a la ópera de Covent Garden y a una librería de libros raros, antes de llegar a su último e íntimo homenaje: “Les oyó vocear las noticias en la calle. Y, encogiéndose de hombros, se concentró en la gran pizarra verde en la que estaban colgadas varias hojas de símbolos: una algarabía de equis controladas por íes griegas y abrazadas por otros símbolos aún más crípticos; todo lo cual, si se mezclaba y barajaba, a la larga —él estaba completamente seguro— produciría la única palabra, la palabra simple, suficiente y exhaustiva que resolvería para siempre todos los problemas. Era hora de empezar. Y empezó”».

pp. 20-23

3. PARÍS Y SUS DESCONTENTOS

«El 16 de diciembre de 1918, decenas de soldados de caballería desfilaron por las calles de París sobre acicaladas monturas negras, con sus sables relucientes y sus cascos de latón que lanzaban destellos bajo la pálida luz del sol. Los soldados abrieron paso a una procesión de carruajes que transportaban a los líderes más poderosos del mundo, entre los que figuraban el primer ministro francés, Georges Clemenceau, y su homólogo británico, David Lloyd George. Las calles estaban flanqueadas por soldados de infantería, cuyas bayonetas apuntaban al cielo al paso del convoy. A los dignatarios les seguía un costoso despliegue de pericia tecnológica: una comitiva de automóviles. La Gran Guerra había terminado, y sus vencedores recorrían los Campos Elíseos en dirección al Arco del Triunfo; una gran exhibición que eclipsaba incluso a la de Napoleón Bonaparte, que había tenido que conformarse con una maqueta de madera del monumento, todavía inacabado, cuando hizo su entrada en la ciudad un siglo antes.

Una estridente y exultante multitud llenaba las calles, saludaba desde los tejados, lanzaba vítores desde las ventanas y atronaba en las plazas de la ciudad. Por aquel entonces vivían en París un millón de personas, pero dos millones de admiradores habían desafiado el frío y el viento de aquella tarde desapacible con la esperanza de vislumbrar al presidente estadounidense, Woodrow Wilson. “Cada pulgada estaba cubierta por una vociferante y alborozada humanidad —escribiría su esposa, Edith—. Llovieron flores sobre nosotros hasta que quedamos medio enterrados”».

5. DE LA METAFÍSICA AL DINERO

«Al considerar los problemas planteados por la incertidumbre sobre el futuro, Keynes había escrito una teoría integral de la racionalidad y la acción humana. ¿Cómo —se preguntaba— pueden las personas tomar en el presente decisiones racionales basadas en creencias sobre el futuro cuando dichas creencias pueden verse o no refrendadas por los acontecimientos? Dado que no conocemos el futuro, ¿cómo podemos decidir de manera racional qué hacer en el presente? Solo siendo capaces —concluía— de evaluar una serie de sofisticadas probabilidades.

Keynes argumentaba que existía una diferencia entre las probabilidades y las frecuencias estadísticas. Para él, decir que un estado de cosas es probable no equivale simplemente a afirmar que matemáticamente ocurrirá un determinado porcentaje de veces en una simulación (si, por ejemplo, 50 de las 100 monedas que contiene una bolsa son de 25 céntimos, tengo una probabilidad del 50 % de sacar una moneda de 25 céntimos cada vez que meto la mano). Los datos matemáticos pueden resultar útiles en la evaluación de probabilidad de una persona, pero no pueden ser la probabilidad en sí.

Keynes se situaba firmemente en la tradición racionalista de G. E. Moore. Las verdaderas probabilidades —argumentaba— no son meras intuiciones o cuestión de opiniones: son realidades objetivas, que pueden evaluarse antes de que los acontecimientos sigan su curso. En el pensamiento keynesiano, un acontecimiento podría ser objetivamente probable en 1920 incluso si, visto retrospectivamente desde 1922, en realidad no llegó a suceder nunca. Y es la probabilidad objetiva —no el curso posterior de los acontecimientos— lo que importa a la razón humana. Hay una diferencia entre ser racional y tener razón.

Al igual que muchos otros teóricos del razonamiento ético, Keynes intentaba elaborar una definición autorizada de racionalidad que justificara sus propios hábitos y preferencias. Tras esbozar sus ideas sobre la probabilidad, pasaba a sugerir que es más racional para las personas —y la propia sociedad— aspirar a pequeños bienes con una elevada probabilidad de materializarse que luchar por grandes utopías con unas mínimas probabilidades de hacerse realidad.

Keynes pretendía que su *Tratado sobre la probabilidad* fuera el momento culminante de su trayectoria intelectual. Pero gracias a Wittgenstein se convirtió, en cambio, en una obra de transición: el lugar donde se expresarían por vez primera algunos de los conceptos más importantes que más tarde desarrollaría como economista. Su preocupación por la incertidumbre, su desconfianza hacia las matemáticas como guía fiable del razonamiento humano y su escepticismo acerca de la sensatez de las empresas difíciles a largo plazo se convertirían en características distintivas de la economía keynesiana.

En esencia, el *Tratado sobre la probabilidad* constituía una tentativa de aplicar el racionalismo científico de la Ilustración a la probabilidad y la incertidumbre con la esperanza de revelar verdades profundas sobre la propia racionalidad».

pp. 137-138

10. LLEGÓ LA REVOLUCIÓN

«Mientras Keynes se aseguraba su sitio en el panteón de los grandes pensadores occidentales, el antaño ilustre grupo de intelectuales de Bloomsbury de los que se había rodeado de joven estaba muriendo poco a poco, tanto metafóricamente como literalmente. En su momento, aquel círculo estrechamente unido había canalizado la tragedia de la Gran Guerra en un movimiento estético que abarcaba el retrato, la literatura, el *ballet* e incluso la economía. Pero el mundo había pasado a experimentar otros desastres. A Bloomsbury, que tanto se había enfurecido y agotado por la guerra, no le quedaban fuerzas para luchar contra la Depresión, y mucho menos contra Adolf Hitler. Solo Keynes seguiría arrojando luz sobre el mundo mientras este se sumía cada vez más en la oscuridad».

p. 301

15. EL PRINCIPIO DEL FIN

«A finales de la década de 1960, la economía keynesiana se había convertido en una disciplina estéril y tecnocrática completamente alejada de las ideas filosóficas del economista que le prestaba su nombre. Tanto en Washington como en el ámbito académico, el término *keynesiano* estaba desprovisto de las connotaciones subversivas que había exhibido en el apogeo del macartismo. Ahora había keynesianos liberales, keynesianos conservadores y keynesianos reaccionarios que consideraban que las herramientas creadas por Paul Samuelson, John Hicks y Alvin Hansen podían utilizarse para diversos fines políticos. Pese a ello, los logros liberales de la Gran Sociedad gozaban del respaldo del motor económico que los economistas keynesianos habían construido estimulando la demanda agregada. Si el keynesianismo perdía su credibilidad intelectual, sin duda los esfuerzos liberales para combatir la pobreza y promover los derechos civiles caerían con ella».

p. 479

16. EL RETORNO DEL SIGLO XIX

«Pero, aunque la corriente intelectual había dejado de lado a Keynes, Reagan nunca pudo hacerlo del todo. Durante toda su administración recurrió a cuantiosos gastos militares y reducciones de impuestos para contrarrestar los devastadores efectos de los tipos de interés establecidos por Volcker (y cuando este se mostró demasiado obstinado sobre la necesidad de combatir la inflación a costa del desempleo, el presidente lo despidió y lo reemplazó por Alan Greenspan). En su primer año en el cargo, Reagan incurrió en un déficit de 79.000 millones de dólares; más del doble de la apuesta de Nixon desde 1971, aun ajustando la cifra a la inflación. En 1986 el déficit superaba los 221.000 millones de dólares. El gasto público se mantendría por encima del 20 % del PIB durante toda la presidencia de Reagan, una cifra superior a la de la Administración Johnson y más del doble de la del New Deal de Roosevelt en los años anteriores a la guerra. En un primer momento, Friedman celebró los déficits presupuestarios. Al “matar de hambre a la bestia” —declaró—, a la larga el Gobierno se vería obligado a recortar gastos. Pero más de una década después, cuando abogaba por un paquete de reducciones fiscales que favorecía en gran medida a los ricos, el entonces vicepresidente Dick Cheney revelaría que había aprendido una lección distinta: “Reagan demostró que los déficits no importan”, le diría a Paul O’Neill, a la sazón secretario del Tesoro. Siguiendo una arraigada tradición del keynesianismo reaccionario, la guerra de Irak se financiaría con deuda.

En sus momentos de sinceridad, los líderes neoliberales reconocían cuál era la realidad económica. La retórica de Reagan sobre la mínima intervención del Gobierno no coincidía en la práctica con su agenda política. El presidente dirigía un Gobierno keynesiano reaccionario junto con una Reserva Federal increíblemente poderosa e insólitamente inflexible. Friedman, que consideraba a Reagan un clon de Goldwater y calificaba a ambos como “dos hombres básicamente con el mismo programa y el mismo mensaje”, admitiría su decepción al final de la presidencia de Reagan. El presidente “hablaba de reducir la intervención del Gobierno —dijo Friedman—. Pero no lo logró”. Hacía falta un demócrata para completar el trabajo».

pp. 510-511

Para más información:

Paloma Cerdón

934 928 633 - 699629430

pcordon@planeta.es

Guillem Duran

934 928 442

especializadas@colaborador.planeta.es